Las Brujas no son tan Malas

Cuando la señorita Domi pilló a Montse en clase jugando con los recortables, se montó la mundial. La Domi se tiró en plancha sobre ellos, pero Montse fue más rápida y se metió las figuritas en la boca. Allí estarían bien protegidas.

La seño estaba furiosa, y sacó a Montse al encerado, con los pies de sus muñecas asomando por la boca.

–¿Te parece bien esta actitud? Vas a suspender matemáticas, no haces los deberes, te pasas el día jugando con esos recortables. ¡Y ya tienes nueve años!

La señorita Domi, o Bruja Malospelos, su apodo verdadero, era malvadísima y nos tenía una manía que no veas. Montse no dijo ni mu, por si se le escapaban sus amadas muñecas.

Por supuesto, se llevó una nota a casa, y sus padres vinieron al día siguiente a hablar con la profe. Ese día hubo interrogatorio general, se registraron las mochilas y se confiscaron todos los recortables (menos los de Montse, que, húmedos por los lenguetazos del día anterior, habían sido llevados a lugar seco y seguro).

Todas las chicas de la clase tenían recortables. Todas menos yo, que estaba demasiado ocupada dibujando chicas en bragas, y toda su ropa de invierno y de verano, además de múltiples accesorios de moda, indispensables a más no poder. Era un trabajo duro, pero me libré de un castigo, ya que a pesar de las amenazas de suspensos en cadena, nadie dijo jamás de dónde salía tanto recortable. Hubo sospechas porque yo era la mejor dibujante de la clase, pero pruebas, ninguna.

Los recortables fueron quemados en un contenedor del patio, en una solemne ceremonia durante el recreo del tercer día tras los hechos, y entre lágrimas de todas las compañeras asistentes, sobre todo de Montse.

Tanto recortables como tijeras fueron terminantemente prohibidos, con la consiguiente pena de mis compañeras y gran alivio por mi parte, un poco harta de tanto dibujito. Todo debería haber quedado ahí, pero no fue así.

El día después de la incineración, con la excusa de hacer deberes, Montse y yo quedamos en mi casa. Mi amiga llevaba unos días tristísima, y pensé que eso la animaría.

Le enseñé una muñequita recortable que representaba a la Bruja Malospelos, y la sometimos a todo tipo de torturas: la vestimos de la manera más hortera que pudimos, le pegamos mocos en la cara, le pusimos enormes pies de plastilina, la rociamos, puaj, con pis de mi perra Tarca, le dibujamos bigotes, verrugas, arrugas, y orugas en el pelo. Por último, la quemamos encima de las cenizas que habíamos guardado de nuestros recortables. En ese momento de lo más tétrico, mientras la luz del recortable moribundo le iluminaba la cara, Montse preguntó con un hilillo de voz:

ARTIMAGOS © Malena F. Alzu

–Las brujas no pueden ser tan malas, ¿verdad?

Mi amiga Montse era muy impresionable, y aún creía en todos esos rollos de brujas y casitas de chocolate, así que para consolarla le contesté:

–Claro que no, seguro que la reina de las brujas algún día la castigará, por mala malísima.

Al día siguiente, cuando la señorita Domi abrió el libro de mates, un trozo de papel salió volando y aterrizó en el pupitre de Elena, la empollona.

–Seño, se le ha caído esto– dijo Elena mostrando orgullosa el hallazgo: un hermosísimo sombrero de bruja, listo para ser colocado sobre la cabeza de un recortable tamaño gigante.

–Pero, ¿qué es esto?

Bronca descomunal y castigo a toda la clase sin recreo.

A partir de ahí, todos los días aparecía el dibujo de alguna enorme prenda de bruja entre las pertenencias de la seño: un cinturón con calaveras, un colgante de cuernos, una máscara horripilante, una escoba funcional, un bolso en forma de gato negro, una falda piojosa, un manto parcheadao…¿Dónde? En la cartera de la profe, entre las mangas de su abrigo, dentro de su gorro, colgado de su bata, encima de su mesa, en su armarito personal, sobre las lunas de su coche…

Castigos y más castigos, ceros y más ceros, interrogatorios y más interrogatorios. Nadie sabía nada de eso, nadie había visto nada. Se hicieron pruebas de todo el material de pintura, pero esas prendas recortables estaban hechas con unos colores brillantes y fluorescentes que seguramente procedían de rotuladores demasiado caros para cualquier alumno de aquel cole de barrio. El tío de Marga, que tenía una papelería, reconoció que ese tipo de material debía venir del extranjero, por lo menos.

Entre reuniones y broncas varias, fueron pasando el tiempo y los exámenes hasta que un día de tormenta llegó a clase de mates una profe de larga melena negra. Mientras repartía fotocopias explicó:

–La profesora Dominica Gutiérrez está de baja y yo soy su sustituta. Id decorando y recortando estos desarrollos, haremos una ciudad a base de cilindros, cubos, pirámides…

–No tenemos tijeras ni pegamento–dijo Montse.

–No os preocupéis, he traído montones de cosas–dijo la nueva, buscando en su bolso. Y, ante el entusiasmo de todas nosotras y la extasiada sonrisa de Montse, aquella profesora de nariz aguileña y uñas extrañamente largas, fue sacando del bolso tubos de pegamento, tijeras, lentejuelas, papel charol, y los rotuladores más preciosos, espectaculares y fluorescentes que yo había visto en mi vida.

ARTIMAGOS © Malena F. Alzu